

BOLETÍN

de la Conferencia San Julián, de San Vicente de Paul.

Este Boletín se envía gratis á los socios de esta Conferencia, á los pobres adoptados, y, hasta donde lo permita la tirada, á las demás personas piadosas que lo soliciten.

Toda la correspondencia, al Director del Boletín, Peso, 2.

Para no gravar los fondos de la Conferencia, los gastos de este Boletín se cubren con los modestos donativos que gusten hacer las personas piadosas, sean socios ó no. Los donativos deben remitirse al Tesorero de la Conferencia, Santa Lucía, 2.

¿DE QUÉ HEMOS DE HABLAR CON EL POBRE?

Esta pregunta sirve de respuesta cuando algunos nos hacen presente el poco tiempo que estamos en casa del pobre, donde no pueden pasar las visitas de cumplimiento. ¿Con quién cumplimos? Dios vé su inutilidad, el pobre la siente, nuestros superiores la comprenderán por los resultados, el mundo no nos mira, nosotros mismos... ¿Qué idea tenemos de nuestra santa misión si creemos llenarla con algunos minutos de asistencia material? ¿Cómo nuestra conciencia no nos acusa de abusar de la confianza de los que confían á nuestro celo un cargo que tan mal desempeñamos, y de estar en un puesto que otro ocuparía más dignamente?

La visita del pobre puede dividirse en cuatro clases. La que se ha llamado de *corredor*, reducida á ver al pobre y darle el socorro material, sin sentarse, tal vez sin entrar en su casa, ni acabar de subir su penosa escalera.

La de *cumplimiento*, en que el visitador se sienta, está muy amable, habla algunos minutos de cosas muy indiferentes, y se va.

La de *amigo*, que se prolonga, y en que se habla de las necesidades del pobre, de sus faltas, de los medios de mejorar su conducta y su posición, y se dan consejos y consuelos.

La de *padre*, que es todo lo larga que el caso requiere, y frecuente según la necesidad; en que se ríe y se llora, se reprende ásperamente y se consuela con amor; en que se habla mucho, en que se guarda silencio ante dolores sin re-

medio sobre la tierra; en que se reciben íntimas confidencias; en que se manda y se prohíbe, y se amenaza y se ruega; en que hay lágrimas de arrepentimiento, de amargura, de compasión y de gratitud; en que se reciben desengaños y estímulos, quejas y bendiciones.

Ya se comprende la inutilidad de las dos primeras visitas, que podemos hacer durante muchos años, toda la vida, sin inspirar confianza al pobre que las recibe, sin conocerle mas que de vista, ni hacerle otro bien que el socorro material que le llevamos, que así aislado acaso no lo sea y tal vez le perjudique estimulando su pereza, ó dando pábulo á su intemperancia.

Nuestra visita debe ser de padre, y si á tanto no podemos llegar, de amigo. ¿De qué hemos de hablar con el pobre? ¡Ah! ¡Si somos buenos, no faltará asunto de conversación! ¡El pobre tiene tantas cosas de que hablarnos! ¡Le sirve de tanto consuelo el que le escuchemos! ¡Nos da tanto derecho á que nos escuche, el haberle escuchado!

El pobre tiene una larga y triste historia, que cuenta prolijamente: oigámosla para dar gracias á Dios que no nos ha enviado tan duras pruebas; para aprender á sufrir; para que nos sirvan de ejemplo la resignación, el valor, mil virtudes, secreto entre Dios y el pobre, que la caridad sorprende; para conocer al que visitamos, porque quien refiere su vida se pinta en ella, y es casi imposible que al pintarse el pobre no se retrate.

Hay en el pobre errores que combatir, faltas que deben corregirse, propósitos de enmienda que animar, dudas que resolver, ignorancias que ilustrar, proyectos que dirigir, temores que desvanecer, y la esperanza, que debemos custodiar en su corazón tan piadosamente como la caridad en el nuestro.

Somos bien poco cristianos y bien ridículos al decir con aire de superioridad desdeñosa:—¿De qué hemos de hablar con el pobre? A Jesucristo, que confundía los doctores en el templo, ¿le faltaba de qué hablar con el pobre pueblo ignorante y extraviado? Nosotros, miserables criaturas, ¿tendremos que descender tanto como el divino Maestro, para enseñar algo á los que visitamos? A los ojos de la eterna Sabiduría, las lecciones que damos ¿valen tanto como las que podemos recibir? A las personas de elevada inteligencia, de vasta instrucción, si tienen caridad, no les falta nunca de

qué hablar con los pobres, que al cabo de una larga visita les dicen:—«¡Tan pronto se marchan U!es!» Porque el pobre no es lo que dicen los que no le conocen ni le consuelan. Hay pobres pervertidos y, sobre todo, de escasa capacidad, que aprecian principalmente el socorro material que se les lleva; pero muchos aprecian tanto la visita, y no pocos, más que el socorro.

¿Por ventura el pobre no tiene alma para recibir con gratitud la limosna de cariño que llevamos á su corazón?

Una señora, cuyo nombre pronuncian con respeto todas las personas que conocen sus virtudes y su talento, decía presidiendo una Conferencia de San Vicente de Paúl:— «Nuestro celo falta muchas veces: los medios materiales no faltan nunca: ¡Yo hubiera querido verlos agotados alguna vez para visitar sin bonos!» Y como alguna de sus hermanas replicase:— «Entonces los pobres nos recibirían mal» Contestó:— «Eso sería prueba de que no sabemos cumplir con nuestra obligación: si los pobres nos recibían mal sin bonos, es que no los visitamos bien.» En corroboración citó una Conferencia de señoras en Cataluña, que estuvo visitando sin bonos por espacio de un mes, y cuyos pobres recibían á las hermanas con las mismas pruebas de afecto, con el propio cariño que cuando les llevaban socorros materiales. Esto prueba que si es cierto que hay pobres que no ven más que los bonos, se hallan muchos que ven el corazón, que le comprenden, simpatizan con él y agradecen la visita más que la limosna; esto prueba que en el corazón del pobre, como en el árbol del desierto, hay un fruto de ruda corteza que encierra un licor dulcísimo, refrigerante, no sospechado por el egoísmo, y que la caridad revela.

No puede faltar asunto de conversación con el pobre, que recibe como un gran consuelo nuestra visita, que nos consulta sobre todo lo que debe hacer, y nos refiere todo lo que ha hecho: tiempo y voluntad es lo que falta generalmente. El pobre suele ser prolijo en sus relatos; á veces nos cansa y nos impacienta con sus rodeos, con sus episodios, empleando media hora en decir lo que podría muy bien referirse en cinco minutos.

Pero si interumpimos su relato, si damos muestras de impaciencia, si no le dejamos decir todo lo que él quiere, es seguro que callará alguna vez cosa que nos importa saber. Además, si no le escuchamos, no nos escuchará, y luego

¡parece tan duro privarle del consuelo que halla en referirnos extensamente sus cosas! ¡Tiene tan pocos que le oigan! ¡La desgracia deja un vacío tan grande en derredor del desgraciado!

Nuestras primeras conversaciones con el pobre no suelen ser muy animadas, porque tiene poca confianza, y porque no estamos familiarizados con su lenguaje ni él con el nuestro. Pero la caridad hace prodigios. ¡Qué pronto el que la tiene inspira confianza al que visita! ¡Qué pronto se comprenden, y qué especie de fusión se verifica en el lenguaje de entrambos!

Es digno de notarse cómo las personas ilustradas se acomodan al lenguaje de los pobres, adoptando uno que, sin ser bajo, esté á su alcance, y cómo los pobres pulen el suyo, y poco á poco le van elevando. Una vez llegados á este punto, y se llega pronto, falta siempre tiempo, no asunto de conversación.

La falta de tiempo es un motivo que alegamos para detenernos poco en la visita. Esta excusa podrá ser legítima en muchos casos: si deberes más imperiosos nos llaman á otra parte, no es justo que estemos en casa del pobre; pero entonces, ó limitemos nuestros cuidados á una sola familia, ó confiemos nuestra limosna al que pueda llevarla acompañada de consejos y consuelos, que no tenemos tiempo para dar; porque con nuestra visita mal hecha privamos tal vez al pobre de otro visitador que le sería más útil.

Sin negar que haya personas de tal modo ocupadas que no pueden dedicarse á visitar á los pobres, notaremos que el tiempo tiene cierta elasticidad para los que saben emplearle. Los buenos hallan siempre tiempo para hacer bien, y á los que no saben de qué hablar á los pobres, no es que les falten palabras, es que les falta caridad.

CONCEPCIÓN ARENAL.

(De el *Manual de el Visitador del Pobre.*)

OBLIGACIONES PARA CON LOS POBRES

Dejamos establecida en mi carta anterior la necesidad de que mires tus riquezas como un depósito que Dios te ha

hecho para que lo administres cual cumple á un verdadero cristiano.

Las riquezas son medio seguro de perdición, pero también pueden ser un elemento poderosísimo para practicar el bien. La gran cuestión está en saber y querer usar bien de ellas.

No desmayes ante los graves peligros que acompañan á las riquezas; para los buenos cristianos estos peligros no deben ser mayores que los demás que rodean por todas partes á la frágil humanidad. De estos peligros, como de aquel, te defenderás, con grandes probabilidades de salir victorioso, inspirándote en los puros principios de la moral cristiana, obrando con firme voluntad de practicar el bien y pidiendo á Dios que te ayude con sus divinos auxilios.

Como las riquezas, según hemos dicho, pueden servir para hacer buenas obras, tienes no sólo el deber de conservarlas, sino el de aumentarlas con tu trabajo ó con tu inteligencia, puesto que, acrecentándolas, podrás aumentar también el número de las obras virtuosas. No te ocurra lo que al hombre prudente de la parábola, que por el temor de perder su talento lo enterró y no obtuvo de él provecho alguno.

Los primeros y principales partícipes de tus bienes han de ser los pobres, «Quien da á los pobres á mí me da» ha dicho Jesucristo. Y así confía que cuanto hagas en favor de los desheredados de la tierra te será devuelto centuplicado, que es como Dios sabe recompensar á los que bien le sirven. Para cumplir esta obligación en el reparto equitativo de tus riquezas, no debes concretarte á hacer limosnas más ó menos espléndidas. Casos habrá en que no puedas hacer otra cosa; pero siempre que te sea posible, has de procurar que tu desprendimiento remedie la necesidad presente y prevenga las futuras; con lo cual, á la vez que practicas la caridad, fomentarás el trabajo y el ahorro, á los que todos venimos obligados.

Es cuestión agena á mi propósito el estudiar los caracteres del verdadero pobre, y el apreciar los grados de prudencia que tenga el procedimiento de otorgar la limosna á unos, y el negarla á otros. Esta cuestión, que no es fácil de resolver, puedes consultarla en alguno de los muchos autores que la han tratado; yo me ocuparé en otro orden de consideraciones.

Los beneficios morales que han de reportarte tus riquezas, estarán en razón directa de la participación que en ellas señales á los pobres; cuando estos hayan alcanzado el máximun en el goce de tus bienes, entonces quedará también marcado el máximun de la recompensa á que te habrás hecho acreedor. Y, ya ves, á medida que vayas escatimando esa parte que por derecho divino corresponde á los pobres, tendrás que ir achicando la cuenta de tus beneficios morales, pudiendo reducirse á cero esta cuenta el día que, por desgracia tuya, llegaras á imaginarte que los desherederos de la tierra no tenían derecho alguno á las riquezas que tú posees.

Al designar la cuantía de los bienes que debemos á los pobres, solemos cometer graves faltas de equidad. Comúnmente llenamos aquella justísima obligación cediendo algo de lo que nos sobra, después de satisfacer nuestras propias necesidades; y esto con distingos y reparos que aminoran en gran manera la meritoria espontaneidad del acto. Es decir, que damos á los pobres mucho menos de lo que legítimamente les pertenece, y aun eso poco que les damos lo hacemos á regañadientes y con escasa voluntad.

Comprenderás sin esforzarte, que esto equivale á dejar sin cumplimiento uno de nuestros deberes más sagrados, ó á encubrir nuestra falta con una vergonzante exterioridad.

Es verdaderamente ofensivo á la dignidad del hombre el dar á los necesitados parte sólo de lo que nos sobra: que los pobres no son seres que están demás en el concierto de la vida común, sino que tienen un derecho preferente en el reparto de los bienes que Dios nos concede; y todo lo que no sea dar á los pobres lo que es suyo, equivaldrá á una detentación que con ellos cometemos.

Además, sobre esto de las necesidades habría mucho que decir y que aclarar. Como seres naturales, todos tenemos las mismas necesidades físicas; en principio, pues, todos, pobres y ricos, debiéramos gastar por igual en cubrir esta clase de necesidades. La razón social no se opone á esta igualdad relativa, pero en cambio viene la debilidad del hombre á crear nuevas necesidades, cuya legitimidad será siempre muy discutible. Este género de necesidades suele ser enemigo declarado de la caridad, y tanto más numeroso cuanto mayores son los recursos pecuniarios de que se dispone. Así es que como designamos á los pobres el último lu-

gar en el reparto de nuestros bienes, sólo llegan ellos á percibir las migajas de las sobras, cuando en derecho les corresponde una parte principal.

Procede, pues, que, como buen padre, atiendas á los pobres con solicitud y desprendimiento, entregándoles de buen grado lo que sea justo, lo que sea de ellos, que no por eso van á peligrar tus riquezas. ¿No formarías pobrísimo juicio del padre que sólo destinara á sus hijos lo que le sobra á él de sus necesidades personales? Ciertamente que sí, porque los hijos y los padres forman una sociedad cuyos individuos tienen en este orden iguales derechos á los bienes comunes, sin privilegios para nadie. Pues bien, los pobres forman parte de nuestra familia, parte más noble y legítima, sin duda alguna, que cualquier objeto material en el que empleamos nuestro dinero, ó que muchas de esas necesidades ficticias que nos hacen derrochar nuestros caudales; es preciso, por lo tanto, llenar esta obligación con el mismo buen deseo que llenamos nuestras demás obligaciones, sin olvidar que en la cuenta de nuestro cargo figurará algún día todo lo que venimos defraudando á esa parte de nuestra familia.

(De *El Correo Católico*,—Cartas á un potentado.)

Conveniencia de reunir los esfuerzos de la caridad.

Hay muchas personas, positivamente caritativas, que al ser invitadas para que ingresen en la Sociedad de San Vicente de Paúl, se niegan á ello diciendo que pueden muy bien hacer limosnas cuando puedan ó quieran, sin necesidad de pertenecer á la Sociedad. Esta manera de pensar acusa grande ignorancia sobre el carácter de la verdadera limosna, y, por lo tanto, sobre lo que es la Sociedad de San Vicente.

Ciertamente que no faltan ocasiones de aplicar sus limosnas al que tenga intención de hacerlas; pero la limosna material que damos al pobre que llega á nuestra puerta, ni suele ser acompañada de la limosna moral, infinitamente superior á la material, ni nos deja por su pequeñez y aislamiento la seguridad de que remediamos una necesidad, ni siquiera la de que sea verdadero pobre el que la recibe. En cambio, esa misma limosna entregada á la Sociedad, engrosada con otras pequeñas limosnas, remedia siempre verdaderas necesidades, y proporciona al bienhechor la satisfacción de que

su caridad produce indefectiblemente muchos beneficios. La limosna hecha aisladamente y en la forma ordinaria que todos empleamos en nuestras casas, casi siempre sirve para fomentar un mal social; mas la limosna que hacemos por conducto de la Sociedad de San Vicente, poquísimas veces va á parar á manos de personas que no la merezcan, y nunca, nunca deja de remediar una positiva necesidad. Compárense, pues, los efectos de ambas limosnas.

A las personas que piensen como arriba decimos, les referiremos la siguiente anécdota:

Un pueblo compuesto de gentes muy caritativas, carecía de hospital. En cuanto alguien hizo ver la necesidad de construirlo, cada vecino, guiado por su propia caridad, quiso levantar uno dónde y como lo creyó conveniente; y hoy acopiaba este en el suyo algunos materiales. mañana construía el otro un poco de pared en el que había emplazado, etc. etc., sin orden, sin constancia, sin dirección, y con las intermitencias que las obligaciones de cada cual imponía. Resultado: que después de gastar grandes cantidades de materiales y de esfuerzos, trascurrieron muchos años y el pueblo seguía sin hospital; y así hubiera seguido indefinidamente si un vecino más avisado que los demás, no hubiera tenido la feliz idea de reunir los esfuerzos y los materiales de todos los vecinos, y dedicarlos á levantar un sólo hospital; con lo que pronto se consiguió ver construído el deseado edificio.

Desde el 16 de Abril último, nuestra Conferencia lleva repartidas unas 900 libras de pan, 120 de carne, 32 de tocino, 64 de garbanzos y 24 de azúcar.

Estas modestas cifras son de relativa importancia, dado el estado de nuestra Conferencia, y recordando que esta no cuenta con otros recursos que los de la caridad.

Desde la fecha aquella hasta hoy, la Conferencia lleva adoptadas 20 familias pobres.

Actualmente esta Conferencia consta de 30 miembros activos, 29 de honor y 38 honorarios. En total 97 miembros.

La Conferencia necesita hilas, vendas, trapos y mantas fenicadas para uno de sus pobres enfermos. Las personas caritativas que tengan voluntad de facilitar por Dios alguno de estos objetos, pueden enviarlos á casa del Tesorero, Santa Lucía, 2, ó del Secretario accidental, Peso 2.